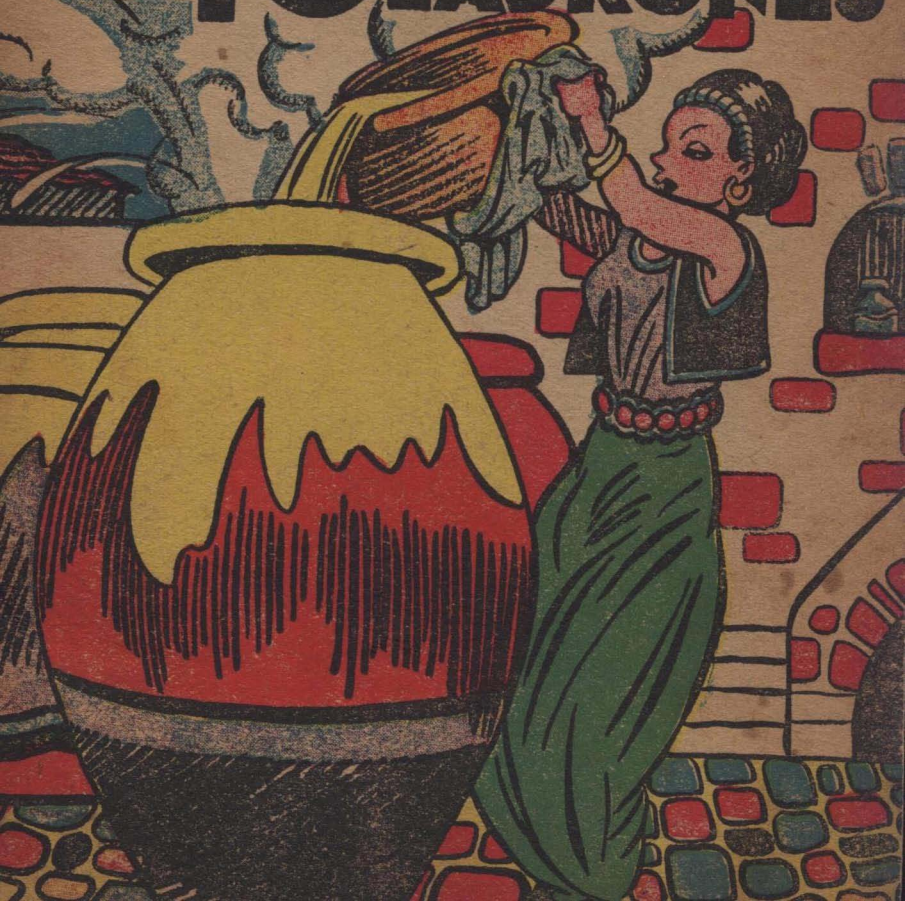


ALI-BABA Y LOS 40 LADRONES





00163290

elborita

ALI BABA Y LOS CUARENTA LADRONES

CUENTO ARABE

Dibujos de *John* Fossey



EDITORIAL TOR

Río de Janeiro 760

Buenos Aires

LA ABEJA

LA MEJOR Y MAS ECONOMICA COLECCION INFANTIL ILUSTRADA

- 1 Pinocho en el teatro de títeres
- 2 Blancanieves y los 7 ananitos
- 3 Los príncipes encantados
- 4 La Bella durmiente del bosque
- 5 Juanfuerte
- 6 Piel de asno
- 7 La princesa y el erizo
- 8 Alf Babá y los 40 ladrones
- 9 La inocente mensajera
- 10 Pinocho en campo de milagros
- 11 El pájaro verde
- 12 Pulgarcito
- 13 Los maestros cantores
- 14 El rey del río de Ore
- 15 Caperucita Roja
- 16 Las tres princesas
- 17 El triunfo del zorro
- 18 Pinocho en la isla de las abejas
- 19 La princesa picarona
- 20 Simbad el marino
- 21 Canción de Navidad
- 22 Un viaje maravilloso
- 23 El niño que se volvió hormiga
- 24 El enano Zacarías
- 25 Pinocho en gruta del monstruo
- 26 El legado del moro
- 27 El gato con botas
- 28 El hada de Granville
- 29 De los Apeninos a los Andes
- 30 Menique
- 31 El rey Cuervo
- 32 Almendrita
- 33 Pinocho en el país de juguetes
- 34 El niño perdido
- 35 Robin Hood
- 36 La isla encantada
- 37 Pif Paf
- 38 La carga liviana
- 39 La alfombra mágica
- 40 El pájaro que reía
- 41 La Cienicienta
- 42 Aventuras del rey Beder
- 43 El muchacho y la fortuna, Fábulas de Samaniego
- 44 Pinocho en el fondo del mar
- 45 Gulliver en el país de enanos
- 46 La bella Dorigen
- 47 Las salamandras azules
- 48 Los zuecos maravillosos
- 49 Las tres hermanas
- 50 Fábulas de Iriarte
- 51 El niño raptado
- 52 Barba Azul
- 53 Tanino el horniguero
- 54 Gulliver en el país de gigantes
- 55 El tejedor de Segovia
- 56 El príncipe Cododac
- 57 La amigueta de los pájaros
- 58 La señorita Scuderi
- 59 Fábulas de Esopo
- 60 Constanca
- 61 Nicolás y Nicolasin
- 62 Los rosales de la reina
- 63 El enfermero del Chacho
- 64 Grisélidis
- 65 Alicia en el país de maravillas
- 66 Aladino
- 67 Genoveva de Brabante
- 68 La Sirenita
- 69 Peter Pan
- 70 El patito feo
- 71 Hombre que vendió su nombre
- 72 Los tres pelos del diablo
- 73 Hansel y Gratel
- 74 La flor del pantano
- 75 El buque fantasma
- 76 La cámara del tesoro
- 77 La desobediencia
- 78 El tarro de aceitunas
- 79 El mensajero de la corona
- 80 La camisa del hombre feo
- 81 La verdad sospechosa
- 82 La graciosa Emelia
- 83 El muchacho afortunado
- 84 La novia elegida
- 85 Las dos estatuas
- 86 La botella encantada
- 87 El mercader de Venecia
- 88 La obligación
- 89 El favorito ingenioso
- 90 Los dos ruiseñores
- 91 El ladrón de Bagdad
- 92 El tambor del regimiento
- 93 El pájaro de oro
- 94 El barbero silencioso
- 95 Las tres perlas
- 96 Gulliver en países maravillosos
- 97 El príncipe impostor
- 98 El rey en busca de novia
- 99 El soldadito de plomo
- 100 El mercader y la favorita

ES PROPIEDAD. — Queda hecho el depósito que marca la ley.



ALI BABA Y LOS CUARENTA LADRONES

I

Los hermanos persas



EN una ciudad de Persia vivía un mercader que tenía dos hijos, llamados Casim y Alí Babá.

El hombre, entre sus muchas virtudes, tenía una que no había contribuido ciertamente a acrecentar su fortuna: el corazón blando. Se compadecía de cualquier dolor ajeno más que del propio. De ahí que mucha gente se aprovechara de sus buenos sentimientos.

Los bienes del mercader, en lugar de multiplicarse al correr de los años con los buenos negocios que, guiado por su discreción y sabiduría, realizaba, iban mermando al extremo de amargarle la vejez. Tantas eran sus contrariedades y preocupaciones; tantos los desengaños sufridos, que un día enfermó de grave mal y dió el último suspiro con la profunda pena de no poder dejar a sus hijos el bienestar por el que había luchado durante toda su vida.

Y nos encontramos con Casim y Alí Babá, huérfanos, desamparados, sin un oficio que les permitiera ganar su sustento con decencia y holgura, y con bienes tan escasos que apenas les permitirían pagar los gastos de las honras fúnebres del padre y pasar unos pocos meses a la espera de que se les abrieran nuevos horizontes.

Casim estaba enamorado de una linda joven, que era muy buena, pero también muy pobre. Por esta última razón, su padre se había opuesto al matrimonio. Pero como los enamorados se querían de veras, apenas murió el mercader, decidieron casarse.

Quiso la suerte que, poco después del matrimonio, heredara la mujer de Casim, de un pariente lejano, una tienda surtida con ricos géneros, y algunas propiedades, con lo que el mayor de los dos hermanos persas se encontró cuando menos lo esperaba con uno de los más importantes establecimientos comerciales de la ciudad y una considerable renta producida por las fincas. Con ello llegó a ser hombre rico.

Alí Babá, que también estaba enamorado de una mujer pobre, alentado por la buena suerte



Y pronunció estas palabras: "Sésamo ábrete".

que su hermano había corrido, decidió casarse, gastando en las fiestas de la boda los pocos recursos que le quedaban. Y ocurrió lo que era lógico: que a su esposa no se le murió ningún pariente rico, y tuvo las obligaciones del hombre casado sin las ventajas del que recibe una herencia de la mujer.

Para poder sostener a su familia, tuvo que decidirse a hacer lo que nunca se le había ocurrido: trabajar. Y, mal que le pesara, se hizo leñador.

II

Los cuarenta ladrones

Un día en que Alí Babá estaba en el bosque y se disponía a cargar sus burros cortando leña, vió a lo lejos una gran polvareda que se iba aproximando con extraordinaria rapidez. Se puso a observar con detenimiento y no tardó en comprobar que el fenómeno era producido por un pelotón de hombres a caballo. No hubiera dado mayor importancia al asunto, si no advirtiera que se dirigían donde él se encontraba.

Lo primero que se le ocurrió fué que podían ser ladrones. Sin embargo, ni en la ciudad ni en todo el contorno había oído hablar de robos ni de otras fechorías cometidas por bandidos. Algo le decía que aquellas gentes no iban en pos de nada bueno. Y como su padre le había enseñado que ante la duda conviene ser prudente, resolvió esconderse y dejarlos pasar sin que lo vieran. Ocultó a los asnos detrás de unos arbustos muy crecidos, y él se subió a un árbol alto y frondoso que

*No perdió mucho
tiempo en contem-
plar aquel tesoro...*



había al pie de una roca, acurrucándose bien entre su espeso follaje.

Apenas había terminado de acomodarse, cuando la veloz y nutrida cabalgata llegó junto al peñasco sombreado por el árbol que servía de escondite a Alí Babá. Sorprendido y temeroso se quedó al ver que se detenían allí mismo como si fuera a él a quien andaban buscando.

Uno de los sujetos, que, por las voces de mando que daba y por la obediencia que imponía a los demás, parecía el capitán, se aproximó a la roca que estaba junto al árbol que servía de escondite a nuestro héroe y pronunció estas palabras: "Sésamo, ábrete".

III

El tesoro de Alí Babá

Inmediatamente la roca se abrió, y el capitán y los demás bandidos penetraron en su interior. Cuando el último hubo pasado, se volvió a cerrar.

Los ladrones permanecieron largo tiempo bajo tierra. Mientras tanto, Alí Babá, aunque empezaba a sentirse incómodo en el árbol, no quiso dejar su escondite, temiendo ser sorprendido por aquellos hombres que tanto tenían de facinerosos como de magos.

Hizo muy bien, pues la roca volvió a abrirse sin que señal ni ruido lo previnieran, y salieron de su interior los mismos cuarenta ladrones, ni uno más, ni uno menos. Cuando hubo aparecido el último, el capitán se aproximó a la abertura y dijo, como la primera vez:

—Sésamo, ciérrate.

Y la roca volvió a quedar como antes, sin que el más leve rostro delatara tan raro prodigio.

Ajenos todos al testigo que tenían en lo alto del árbol, que por cierto había entendido y recordaba perfectamente las palabras pronunciadas por el capitán, volvieron a montar a caballo, y poniéndose el jefe a la cabeza de ellos, emprendieron la marcha.

Alí Babá los estuvo observando hasta que los perdió de vista. Entonces se animó a descender del árbol. Y como se acordaba perfectamente de las palabras pronunciadas por el capitán de los bandidos, con las cuales se había abierto prime-

No tardaron
en agarrarlo y
quitarle la vi-
da.



ro y cerrado después la roca, quiso ver si pronunciándolas él surtirían el mismo efecto.

Se aproximó, pues, a la peña, y dijo:

—Sésamo, ábrete.

No tuvo tiempo de esperar ni medio segundo. Instantáneamente la roca se abrió.

Resueltamente, el joven penetró en aquel aposento y vió amontonados ordenadamente, como en un depósito de provisiones, gran cantidad de víveres, fardos de valiosas mercaderías y enormes estibas de bolsas conteniendo oro y plata en abundancia en lingotes, monedas y alhajas.

Alí Babá no perdió mucho tiempo en contemplar aquel tesoro que ya consideraba de su pertinencia, puesto que al alcance de su mano estaba. Se dirigió a los talegos que contenían monedas

de oro y fué sacando todos los que pudo en distintos viajes hasta cargar por completo con ellos a sus tres burros. Inmediatamente, para disimular la clase de mercancía que llevaba, cubrió las bolsas de lienzo que contenían el dinero, con la leña necesaria y, volviendo junto a la abertura, exclamó:

—Sésamo, ciérrate.

La peña se cerró, y entonces Alí Babá, arreando los asnos que llevaban pacientemente una carga más pesada que la de costumbre, tomó el camino de la ciudad, poniendo especial cuidado en mantener la leña de manera que nadie pudiera ver ni la punta de un talego.

Apenas llegó a su casa, condujo los burros al patio y se dió a la tarea de aliviarlos de su preciosa carga. Como de costumbre, su mujer se hizo presente para ayudarlo. El le contó lo sucedido y le recomendó que no revelase a nadie el secreto.

—Tenemos que saber el monto, para calcular hasta dónde alcanza. Mientras tú cavas, voy a buscar una medida.

Dicho esto, salió la mujer y se dirigió a la casa de Casim, su cuñado.

—¿No está Casim? —preguntó a la esposa de éste.

—No. Ha salido. ¿Qué quieres?

—Que me prestes una medida.

Conociendo la cuñada la pobreza de Alí Babá, sintió curiosidad de saber qué clase de grano era el que quería medir. Para enterarse sin necesidad de preguntarlo, tuvo la idea de ensebar el

—Ya sabéis
que Salim sa-
lió temprano.



fondo del recipiente. Una vez que lo hizo, se lo entregó a la mujer de Alí Babá, diciéndole:

—Siento haberte hecho esperar.

—No es nada —dijo la cuñada—. En seguida te la devolveré.

Apenas llegó a su casa, midió el oro en compañía de su esposo y quedó satisfecha ante la gran cantidad de medidas que había dado.

Mientras su marido enterraba el tesoro, fué a devolver el objeto prestado a la mujer de Casim, sin reparar en que una de las monedas se había quedado adherida en el sebo del fondo.

IV

La envidia de Casim

Apenas se hubo retirado la mujer de Alí Babá, la de Casim observó bien la medida, y su asombro no tuvo límites al ver la moneda de oro pegada.

Cuando al anochecer su marido regresó después de haber pasado todo el día en la tienda, le dijo con cierto retintín:

—Tú te crees el más rico de la familia, ¿no?

—Y lo soy —contestó el aludido.

—Pues te engañas. Tu hermano Alí Babá lo es infinitamente más que tú. Debes saber que no cuenta el dinero, sino que lo mide como si fuera trigo.

En seguida le explicó el enigma.

Casim tuvo envidia de la prosperidad del hermano a quien hasta entonces había tratado con menosprecio, y a la mañana siguiente fué a casa de Alí Babá, se le acercó y le dijo:

—Sabía que tenías muchos defectos, pero no me imaginaba que fueras un hipócrita.

—¿Por qué lo dices? —exclamó Alí Babá, bastante escamado.

—Porque te haces el necesitado y, sin embargo, cuentas el oro por medidas.

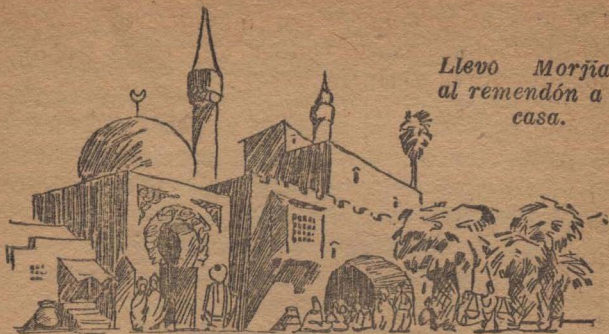
Dicho esto, le enseñó la moneda que había quedado adherida en el recipiente.

Comprendiendo que Casim y la mujer de éste poseían su secreto, Alí Babá se lo contó todo con lujo de detalles.

V

El castigo

Codicioso como era, Casim se pasó la noche sin dormir, repitiendo las palabras mágicas y deseando que llegara el día para salir en dirección a la peña del tesoro.



*Llevo Morjana
al remendón a su
casa.*

Apenas se blanqueó el horizonte con las primeras luces de la madrugada, el hermano mayor de Alí Babá, arreando diez mulas cargadas con grandes cofres, tomó el camino que se le había indicado rumbo al bosque. Fácil le resultó llegar al pie del peñasco. Se puso delante y exclamó, ahuecando la voz y en tono solemne:

—Sésamo, ábrete.

Tal como se lo había dicho su hermano, se abrió en seguida la roca y volvió a cerrarse apenas hubo entrado.

El asombro de Casim fué extraordinario, pues vió allí muchas más riquezas de las que había imaginado. Inmediatamente puso manos a la obra. Y tomando tantas bolsas de oro como podía, las fué arrimando hasta la puerta.

Cuando consideró que había suficientes, se dispuso a salir. Pero, ofuscada su imaginación con la codicia que le inspiraba la vista de tanta riqueza, olvidó por completo la palabra mágica con la cual la roca se abría. En vez de decir “Sésa-

mo", empezó a gritar: "Trigo... Centeno... Cebada..." y otras muchas semillas y cereales. Como es natural, sus palabras no surtían efecto alguno: la entrada de la peña seguía herméticamente cerrada. El hombre empezó a desesperarse y a buen seguro hubiera perdido la razón, si un suceso no hubiera abreviado el desenlace. Resulta que mientras se daba a todos los diablos, llegaron los bandidos, no se sabe si con otro cargamento de valores o con intención de repartir parte de los que tenían allí acumulados. Lo cierto es que se aproximaron al sitio. Y como a cierta distancia encontraron las mulas del intruso, que se habían dispersado para comer pasto, se sobresaltaron. Sobre todo les llamaron la atención los cofres con que estaban cargadas. Sospechando que alguien pudiera haber dado con el lugar de la cueva, algunos de ellos se pusieron a revisar los alrededores de la peña. Mientras tanto, el capitán y los demás ladrones, desenvainando sus alfanjes, se dirigieron resueltamente al lugar de la entrada.

El capitán pronunció las consabidas palabras de "Sésamo, ábrete". Y apenas la roca empezó a abrirse, salió Casim tan velozmente, que derribó al capitán, que, aunque estaba prevenido, no se imaginaba una disparada tan rápida. Pero de poco le valió al intruso su audaz resolución ni la agilidad impuesta a sus piernas. Se escapó del alfanje del jefe de los bandoleros, pero no de las manos de éstos, que lo mataron.

Consumado el sacrificio, penetraron los ladrones en la cueva, tropezando con las bolsas que Casim había colocado a la entrada, listas para

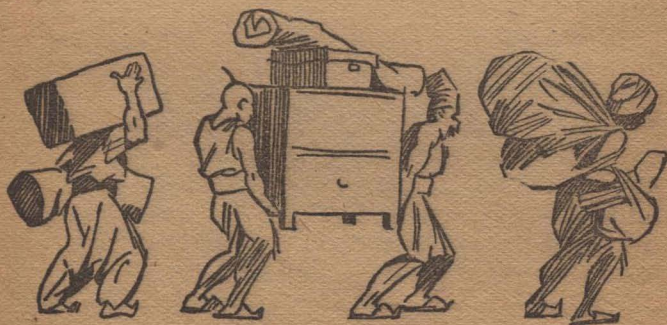
cargarlas en los cofres que llevaban las mulas. Terriblemente enfurecidos, decidieron dividir el cuerpo de Casim en cuatro y colgar dos pedazos a cada lado de la parte interior de la puerta, para asustar a los que intentaran entrar.

Espantaron a los animales de Casim para que no despertaran las sospechas de nadie con su permanencia en aquel lugar, montaron a caballo y partieron dispuestos a proseguir sus correrías y actos de pillaje

VI

El horrible hallazgo

Cuando la mujer de Casim vió que era noche cerrada y su marido no regresaba con las mulas cargadas de riquezas, se inquietó. Como no tenía a nadie a quien confiar su angustia, pues todo el mundo ignoraba, con excepción de Alí Babá, dón-



Alí Babá trasladó sus muebles, ropas y enseres...



Inmediatamente la roca se abrió, y el capi



os demás bandidos, penetraron en su interior.

de su esposo se había dirigido, se encaminó a la casa de su cuñado y le dijo:

—Ya sabéis que Casim salió temprano rumbo al bosque para cargar diez mulas con el tesoro descubierto por vos. A pesar de ser noche cerrada, todavía no ha vuelto, y temo una desgracia.

Alí Babá le contestó:

—No debéis pasar cuidado. El lugar es apartado, y por temprano que haya salido, no puede estar de regreso en la ciudad hasta bien entrada la noche. Además, querrá hacerlo cuando no pueda encontrarse con algún caminante curioso e impertinente.

Algo tranquilizada, la mujer de Casim regresó a su casa y se acostó, confiada en que su marido le iba a proporcionar un alegre despertar.

Mientras tanto, Alí Babá, que temía realmente que a su hermano le hubiera ocurrido algún percance, apenas se despidió de su cuñada, preparó sus tres burros y se encaminó al bosque en dirección a la peña. La noche era tibia y tranquila y la luna iluminaba con claridad casi diurna. Por eso apenas llegó junto a la roca se estremeció, pues notó en el suelo algunas gotas de sangre. No dudó que algo le había pasado a Casim. Dispuesto a todo, pues, a pesar de lo ocurrido el día anterior, quería a su hermano, pronunció las consabidas palabras, y la peña le dejó franca entrada. Quedó horrorizado a la vista del cuerpo desuartizado de Casim. En seguida comprendió lo que había ocurrido, y deseando dar a su hermano santa sepultura, se internó en la cueva, deshizo unas bolsas y con su lienzo acomodó los despojos



*Salió rumbo a
la ciudad.
Al amanecer,
llegó al nego-
cio de Babá
Mustafá.*

del infeliz en dos envoltorios, que cargó sobre un asno, tapándolos con leña.

Al llegar a la casa de su cuñada, llamó a la puerta y apareció Morjiana, esclava fiel y vivaracha. Al reconocer al hermano de su patrón, le franqueó la entrada y Alí Babá se fué con el asno hasta el patio de la finca, descargó la leña y los dos atados y llevando a la sierva a un rincón discreto, le dijo:

—Como eres leal e inteligente, te voy a confiar un secreto, que no debes revelar a nadie.

—Gracias por vuestra confianza, señor —dijo Morjiana—. Podéis mandar.

—En estos envoltorios —dijo Alí Babá— viene el cuerpo de tu amo, al que han dado muerte y descuartizado unos feroces bandoleros. Es nece-

sario enterrarlo como si hubiera fallecido de muerte natural. Ahora vé, y dile a tu señora que quiero hablarle.

VII

Alí Babá toma nueva esposa

Morjiana fué en seguida a avisar a la dueña de casa. Alí Babá, que iba detrás de ella, tan pronto recibió la venia para hablarle, le dijo:

—Ahora sí que tenéis motivo para afligiros. Vuestro amante esposo y querido hermano mío ha muerto en manos de unos malditos facinerosos. El mal está hecho y ya no tiene remedio. Y deseando aliviar vuestra aflicción, os ofrezco tomaros por esposa, pudiendo aseguraros que vuestra cuñada no tendrá celos de vos y que podremos vivir felices.

Nuestros lectores deben saber que la religión mahometana permite hasta tres esposas.

—Debemos procurar —le dijo a la viuda su cuñado y futuro esposo— que todo el mundo crea que mi hermano ha fallecido de muerte natural. Considero que podemos dejar los detalles correspondientes a cargo de Morjiana.

Así se hizo, y a la mañana siguiente, la fiel esclava se fué a la casa del boticario donde Casim se surtía y pidió una esencia que solamente se emplea en los casos desesperados.

—¡Pobre de mí! —dijo al boticario suspirando, al recibir lo que le había pedido—. No sé por qué me parece que este remedio no hará efecto alguno. Segura estoy de perder a un patrón excelente.

*Echó un vistazo a todas
las tinajas.*



Y se fué llorando, dejando al dueño de la botica con la convicción de que Casim se moría irremisiblemente.

La esclava sabía que en la plaza próxima vivía un zapatero remendón que abría su negocio muy temprano. Todavía era de noche cuando la muchacha lo fué a ver. Llamó a su puerta y cuando, con ojos llenos de sueño, apareció el dueño de casa, Morjiana le puso una moneda de oro en la mano.

—Babá Mustafá —dijo la sierva—, tomad lo necesario para coser, y venid conmigo, dejando primero que os vende los ojos.

Después de haberle vendado los ojos, llevó Morjiana al remendón a su casa. Hasta que no estuvieron en el cuarto donde se hallaba el cadáver de Casim, no le dejó la vista libre.

—Babá Mustafá —dijo la esclava—, os he traí-

do para que cosáis estas piezas. Trabajad ligero, y una vez que hayáis terminado, os daré otra moneda.

Una vez que hubo concluído, Morjiana le entregó la moneda, le volvió a vendar los ojos y lo llevó a su casa.

Ya amanecía cuando encargó un ataúd a un carpintero especialista, y una vez que hubieron colocado en su interior los despojos del desdichado Casim y clavado la tapa, cuatro vecinos invitados para el caso, cargaron el cajón en hombros y lo llevaron al cementerio, precedidos por el imán o sea el encargado de dirigir las ceremonias del culto mahometano. Alí Babá iba detrás con algunos vecinos formados de dos en dos. De esta manera, no se tuvo la menor sospecha de que la muerte de Casim hubiera sido tan horrorosa.

Tres o cuatro días más tarde, Alí Babá trasladó sus muebles, ropas y enseres a la casa de la viuda de su hermano. Hizo la mudanza en pleno día, para que los vecinos se enteraran. Pero tuvo buen cuidado de dejar para la noche el traslado del dinero tomado en la cueva de los ladrones. Con el trajín hecho a ojos vistas de todo el mundo dió a conocer su nuevo enlace con la viuda, y como tal clase de uniones son muy comunes en la religión mahometana, nadie se extrañó de lo ocurrido.

VIII

La sorpresa de los ladrones

Los bandidos volvieron días más tarde a visitar su cueva y se inquietaron enormemente al no



Morjiana tomó una luz...

encontrar el cuerpo de Casim colgado en la puerta.

—Estamos descubiertos y, por lo tanto, somos hombres perdidos —dijo el capitán—, si no tratamos de remediar esto con rapidez y discreción.

—¿Qué es lo que podemos hacer? —preguntó uno.

—Bueno —siguió el capitán, sin hacer caso de la interrupción—. Muerto el uno, hace falta encontrar al otro y matarlo también.

Quién más, quién menos, todos querían ser los elegidos, más que para cumplir la difícil misión, para pasar una alegre francachela.

—¡Un momento! —dijo el capitán—. Debemos evitar que el que vaya se equivoque o nos quiera engañar dándonos informes falsos. ¿Qué os parece si en tal caso le aplicamos la pena de muerte?

Sin aguardar a que los demás dieran su voto, uno de los ladrones dió dos pasos hacia adelante y dijo:

—Apoyo el parecer del capitán y me voy a hacer cargo de la misión.

El bandido investigador

Fué aceptado en el acto el ofrecimiento del ladrón, el cual, después de haber recibido grandes elogios, salió rumbo a la ciudad.

Al amanecer llegó al negocio de Babá Mustafá, el zapatero remendón que había cosido los despojos de Casim. Se dirigió allí el bandolero, porque era aquélla la primera casa que se abría en la población. Y dijo:

—Muy temprano empezáis el trabajo, buen hombre. Me parece difícil que a vuestra edad podáis ver.

—¡Ya lo creo que puedo! —replicó Babá Mustafá—. A pesar de mis años, tengo una excelente vista. Y, por si lo dudáis, sabed que no hace muchos días cosí los restos de un muerto en un lugar menos iluminado que éste.

—Me haréis el favor de enseñarme la casa donde consistéis al muerto.

—Aunque desearía serviros, no me es posible hacerlo. Pues habéis de saber que me llevaron a la casa con los ojos vendados, y de la casa me trajeron en la misma forma.

—Entonces —repuso el ladrón—, yo también os vendaré los ojos, y vos procuraréis hacer el mismo recorrido. Aquí tenéis una moneda.

Efectivamente, puso otra moneda en la mano de Mustafá, le vendó los ojos y salió con él. Des-

pués de haber caminado un largo trecho, el remendón se detuvo y dijo:

—Me parece que entré aquí.

No iba desacertado el hombre. Se hallaba, en efecto, frente a la casa de Casim, ocupada entonces por Alí Babá.

El ladrón hizo una señal en la puerta con un pedazo de tiza, sacó la venda de los ojos del zapatero y le dijo que podía volver a su casa.

Más tarde la esclava Morjiana vió en la puerta la marca hecha por el bandido y, temiendo que ocurriera una desgracia, tomó un pedazo de tiza e hizo la misma señal en otras puertas.



X

Los intentos frustrados

Satisfecho por el fácil y rápido éxito de su misión, el ladrón fué a reunirse con sus compañeros y les hizo el relato de lo ocurrido. Se resolvió que el bandido investigador, junto con el capitán, fuese a la ciudad para reconocer la casa.

Los dos ladrones llegaron a la población sin despertar las sospechas de nadie. El de la investigación condujo a su jefe al barrio donde vivía Alí Babá y le indicó la primera casa que vió con la marca de tiza. Pero el capitán notó que la puerta inmediata estaba señalada en la misma forma, y se lo advirtió a su guía, preguntándole cuál era en definitiva la morada del que poseía el secreto del tesoro. El ladrón quedó perplejo, sin saber qué responder. Entonces el capitán dispuso el regreso a su refugio. Enterada la gavilla de lo que había ocurrido, sentenció a muerte al que creía culpable.

Inmediatamente se ofreció otro de los ladrones, recibiendo la aprobación general. Llegó a la ciudad, lo vió a Mustafá el remendón y se hizo indicar, mediante el pago de dos monedas de oro, la casa donde éste había ido a ejecutar la macabra tarea. Hizo en la puerta una señal colorada en un lugar poco visible, y regresó.

Cuando Morjiana salió, lo primero que hizo fué observar detenidamente la puerta, no tardando en dar con la nueva marca. Inmediatamente fué a poner una señal igual en otras puertas de las casas vecinas.

*Le clavó el
arma en el co-
razón.*



Y al llegar el capitán y el nuevo bandido investigador a la calle donde vivía Alí Babá se encontraron con el mismo inconveniente de la primera vez, quedando nuevamente malogrado el plan de venganza. Volvieron a la cueva, donde el bandido supuesto causante de la equivocación, sufrió el mismo castigo que su antecesor.

Viendo que su banda había perdido a dos de sus más decididos componentes, el capitán resolvió encargarse él mismo de la empresa. Se fué a la población y, como los dos anteriores, consiguió que Mustafá le hiciera el mismo servicio. Puesto delante de la casa de Alí Babá, no se entretuvo en hacer señales en la puerta; la examinó detenidamente y se paseó repetidas veces frente a ella sin perderla de vista y observando los menores detalles, de manera que le quedó bien grabada en su memoria.

Satisfecho de su cometido, regresó a la cueva, donde informó a sus hombres que nada podría ya impedirles tomar plena venganza por el mal de que habían sido objeto.

XI

La muerte de los ladrones

El jefe de los ladrones mandó a algunos de sus hombres a los pueblos vecinos con encargo de comprar diecinueve mulas y treinta y ocho tinajas grandes para llevar aceite. Una de éstas debía estar llena.

En un par de días quedó todo resuelto. El capitán cargó las diecinueve mulas con sendos pares de tinajas. Una estaba llena de aceite y en el interior de cada una de las restantes había un ladrón.

Se fué derecho a la casa de Alí Babá y, encarándose con él, le dijo:

—Vengo desde muy lejos con el aceite que aquí veis, para venderlo mañana en el mercado. Como es muy tarde, no sé dónde hospedarme. Os ruego que me hagáis el favor de dejarme pasar la noche en vuestra casa.

—Sois el dueño de esta casa. Nada hay en ella que no esté a vuestra disposición.

Llamando después a la esclava, le ordenó:

—Como mañana iré a los baños antes del amanecer, procura que la ropa esté lista. Se la entregas a mi esclavo Abdalá. Y no olvides de tenerme preparado un caldo para la vuelta.

Mientras tanto, el capitán de los bandidos había salido al patio, donde echó un vistazo a todas las tinajas. A cada uno de los que estaban metidos dentro de los recipientes les dijo:

—Cuando os tire piedritas desde el cuarto que

me han dado, no dejéis de salir. Será el momento de la venganza.

Luego regresó a la cocina, donde Morjiana tomó una luz y lo acompañó a la habitación que se le había destinado.

Cumplida esta parte de las órdenes de su patrón, la esclava no olvidó la restante. Después de preparar la ropa, se la entregó a Abdalá, y puso la olla al fuego para hacer el caldo. En eso la lámpara se apagó, y como en la casa no había aceite, tomó una jarra y salió al patio dispuesta a sacar un poco de las tinajas. Pero al acercarse al primer recipiente, oyó una voz que preguntaba:

—¿Ya es hora?

La inteligente Morjiana se dió cuenta en seguida de lo que pasaba. Fingiéndole voz de hombre, contestó al ladrón:

—Todavía no; pero pronto lo será.

Se aproximó al recipiente inmediato, donde le hicieron la misma pregunta, contestando ella en idéntica forma. Y así con todas las demás.

Llenó luego la jarra, se volvió a la cocina, tomó una caldera, salió con ella al patio, la colmó de aceite y la puso al fuego. Una vez que el contenido del gran recipiente empezó a hervir, lo llevó de nuevo al patio, y en cada tinaja derramó aceite en cantidad suficiente como para quitarle la vida al que estaba dentro. Ejecutada esta valiente acción, se volvió a la cocina.

Transcurrido un cuarto de hora, el capitán de los ladrones abrió la ventana y empezó a tirar piedritas sobre las tinajas, de acuerdo con lo convenido. Viendo que su gente no daba señales de vida, bajó al patio y acercándose al primer reci-

piente notó en seguida un fuerte olor de aceite hirviente. Inmediatamente se dió cuenta de que su plan había sido descubierto y malogrado. Después de recorrer todas las tinajas y comprobar que ni uno solo de sus hombres estaba con vida, forzó la cerradura de la puerta que daba a la huerta, y escapó por los fondos.

Mientras tanto, Alí Babá fué a los baños antes de amanecer.

Al regresar, le dijo Morjiana que mirara en las tinajas. Así lo hizo, viendo con espanto que había un cadáver en cada una, con excepción de la que contenía sólo aceite.

La esclava le refirió lo ocurrido. Alí Babá, comprendiendo el gran servicio que le había hecho, le dijo:

—Como te debo la vida, quiero empezar a darte una prueba de mi agradecimiento, concediéndote la libertad y entregándote estos diez mil zequíes. Estoy seguro que estos hombres eran los ladrones de la cueva. Lo único que nos resta hacer es enterrarlos en secreto.

XII

El trágico fin del capitán

El capitán volvió al bosque donde estaba oculto su tesoro.

—¿Dónde estáis, valientes compañeros? —exclamaba—. ¿Cuándo tendré otra gavilla tan audaz y disciplinada?

A la mañana siguiente regresó a la ciudad, alojándose en una posada, donde trasladó varias de

las telas finas que guardaba en la cueva. En seguida alquiló la tienda que estaba frente a la que había pertenecido a Casim, actualmente a cargo del hijo de Alí Babá.

El bandido, que había tomado el nombre de Husán, se esmeró en mostrarse amable con su vecino, quien, deseando corresponder a tantas atenciones, pidió permiso a su padre para invitar al falso mercader a su casa. Accedió Alí Babá, y dió orden a Morjiana para que tuviera preparada una buena comida. Esta cumplió el encargo y le entró curiosidad por conocer al nuevo amigo de la casa. Por lo tanto, cuando hubo terminado de preparar la comida y una vez que Abdalá empezó a disponer la mesa, lo ayudó a llevar los platos. Apenas lo vió a Husán lo reconoció y notó que llevaba escondido un puñal.

—Ya comprendo —se dijo—. Este malvado quiere asesinar a mi patrón.

En seguida se fué a poner un vestido de bailarina, se ciñó en el talle una cadena de plata, de la que colgaba un puñal y se cubrió con una máscara.

—Toma tu pandero —le dijo a Abdalá—, y sígueme.

Ya en el comedor, el esclavo tocó el instrumento, acompañándose con la voz, y la muchacha se entregó a la danza.

Después, durante uno de los bailes y como si se tratara de la mímica correspondiente al mismo, sacó el puñal, y esgrimiéndolo, fingió herir a alguien o clavárselo en el pecho. Finalmente, tomó el pandero de Abdalá con la mano izquierda, conservando el puñal en la derecha y fué a presentárselo primero a Alí Babá, como hacen las bai-

larinas profesionales cuando imploran la generosidad de los espectadores. El dueño de casa arrojó una moneda de oro en el panderero de Morjiana. Cuando le llegó el turno al hijo de Alí Babá, hizo lo mismo. Finalmente, al llegar a Husán, éste sacó también la bolsa para hacerle un regalo, pero mientras metía en ella la mano, la muchacha se arrojó sobre él y le clavó el arma en el corazón.

—¿Qué has hecho, desdichada? —exclamó Alí Babá.

—No lo he hecho para perderos —dijo ella—, sino para salvaros.

Y abriendo el vestido de Husán y mostrando el puñal, dijo:

—Mirad a qué terrible enemigo agasajabais. Fijaos bien en sus facciones, y decidme si no reconocéis en él al fingido mercader de aceite que no era otro que el capitán de los ladrones.

Alí Babá la abrazó y le dijo:

—Antes te di la libertad. Ahora te hago mi nuera.

Días después se celebraban las bodas del hijo de Alí Babá y Morjiana.



SC
4J
C-LA
08





CUENTOS INFANTILES
LA ABEJA

8